

“A propósito de una antología (*Vocación de América*) de Alfonso Reyes”

p. 633-642

Juan A. Ortega y Medina

Obras de Juan A. Ortega y Medina, 7. Temas y problemas de historia

María Cristina González Ortiz y Alicia Mayer (edición)

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

Facultad de Estudios Superiores Acatlán

2019

712 p.

ISBN 978-607-02-4263-2 (obra completa)

ISBN 978-607-30-1390-1 (volumen 7)

Formato: PDF

Publicado en línea: 1 de junio de 2020

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/704/temas_problemas.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2020, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



A propósito de una antología (*Vocación de América*) de Alfonso Reyes*

633

El abanico temático en la obra de Alfonso Reyes es inmenso y el crítico, titubeante, no sabe a ciencia cierta cuáles elementos abordar y estudiar del prolífico autor en función de su profundidad e importancia. Como cultivador de los campos de la musa Clío me inclino por el examen crítico de los ensayos y artículos del regiomontano sobre la historia, a sabiendas de que en *El deslinde* muestra él su predilección por la exégesis literaria sobre la histórica. Aunque conector de los acontecimientos históricos clave del proceso universal, centra el historiador, que fue también Reyes, sus esfuerzos eurísticos sobre la propia o nacional, que tan dramáticamente pesa sobre la conciencia indohispana, ya gravándola o aligerándola según cada caso particular.

La historia, de acuerdo con Reyes, o, por mejor decir, la emoción ante la historia, es parte de la vida actual, se ocupa del suceder real, y la literatura del suceder ficticio. Él otorga la primacía, repitamos, a la segunda, dado que la literatura rara vez recibe la contaminación de la historia, y en ésta, por lo contrario, es frecuente que ocurran contagios literarios. Aunque la ficción es libertad, se halla más o menos sujeta al suceder real, de aquí que pueda hablarse

* Publicado originalmente en *Cuadernos Americanos*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, nueva época, n. 28, 1991.

en el caso reyesiano de un fingimiento intencionado de lo real. Se trata, pues, de un propósito desinteresado con fines estéticos y no, por consiguiente, de una mentira maquinada. Empero la historia y la literatura, como productos de la hora varonil de las abstracciones, se mecieron juntas en la cuna de la mitología, y constituyen las dos el patrimonio común del hombre y, por ende, son compatibles con todos los humanos. Débese además tener en cuenta que todos los que pertenecemos al mundo cultural hispánico tenemos en común, además de la lengua, gran parte del tiempo histórico conformado transcurrido e inclusive el posterior hasta el día de hoy, si tomamos en cuenta que el pasado es historiológicamente no lo que ya pasó y, en cuanto tal, pudo no haber pasado, sino que el pasado es lo que nos constituye y nos proporciona existencia y conciencia históricas. Como argumenta don Alfonso, “todos debiéramos estar convencidos de que la manera de asegurar el presente es asimilar el pasado” (p. 231);¹ de un modo determinado y no de otro. Es decir, que estamos pre-determinados desde el punto de vista de la perspectiva y de las circunstancias históricas, según lo había sustentado Ortega y Gasset, y aconsejado como característica de la corriente historiográfica vitalista española a la que estuvo afiliado Alfonso Reyes durante su *Wilhemslehrejahre* en Madrid.

Resulta curioso y significativo que tres ilustres mexicanos, Martín Luis Guzmán, Carlos Pereyra y Alfonso Reyes, me atrevo a calificarlos de transterrados, coincidieran en la villa y corte matritense y se incorporaran entusiastamente a la gran tarea regeneradora de la anquilosada España, iniciada virilmente tras la aleccionadora derrota de 1898 con que se cierra el ciclo ominoso de la decadencia española. A ninguno de ellos la extranjería oficial ni la conciencia o vivencia muy personal de no ser nacidos en España les impidió lanzarse audazmente al ruedo ibérico para compartir con el pueblo español sus esfuerzos por forjar un nuevo país liberado de sus ancestrales grilletes históricos. No fueron meros espectadores acomodados críticamente tras la barrera, sino actores en las arduas tareas intelectuales del renacimiento histórico y literario de la España de comienzos del siglo XX. No fueron, por supuesto, los únicos hispanoamericanos sumados a tan fructífera tarea, pero sí los más solícitos y entusiastas palingenistas.

1 Las páginas entre paréntesis se refieren a la antología de textos de A. Reyes, *Vocación de América*, prólogo y selección de Víctor Díaz Arciniega, México, Fondo de Cultura Económica, 1989.

En Alfonso Reyes, y sin que el gradual que sigue signifique un orden jerárquico, sus estudios o mensajes críticos sobre España, la América hispana y México tienen por blanco el despertar de nuestra adormecida conciencia colectiva hispánica; despabilarnos para que se nos haga diáfano el significado magno de este amplio y complejo mundo cultural y político de unidad diversificada, al que pertenecemos todos, que tiene como vehículo espiritual y material de comunicación la lengua materna española que nos enriquece y que cultivamos con ahínco para llevar a buen puerto el programa latente pronosticado por don Alfonso para las letras hispánicas.

Tres son los focos de atención que atraen irresistiblemente, como hemos indicado, a Reyes en tanto que literato e historiador. A él, como le ocurrió a Unamuno y a otros egregios españoles, le dolía España, y le dolía indudablemente más por su educación realizada en el estricto ambiente cientificista, que no humanista, de la filosofía positivista comtiana, y en la victoriosa doctrina política liberal empeñada inútilmente en borrar los vestigios y residuos hispánicos de México. Era un obstáculo espiritual casi insuperable que Reyes y su generación ateneísta lograron salvar. El siglo XIX, consigna, fue un diálogo de insultos entre América y España. Escritores y escritorzuelos escurrieron por la punta de sus plumas envenenadas todos los rencores, inventivas, acusaciones, réplicas y contrarréplicas que pudieron tramar. Los de aquende el océano acusando a la mezquina e ingrata España de no haberles dado lo que, en verdad, ella misma nunca tuvo; los de allende la mar, defendiéndose con improperios y justificando y remitiendo las culpas a los males del tiempo y no de España. Injurias matricidiales se prodigaron desde la orilla americana y filicidiales desde la peninsular. La catarsis espiritual de Reyes, acomodado ya en la capital del eximperio, le permitió deducir que mientras nos queden a los iberoamericanos resabios de rencor o de pugna, no tendremos verdadera independencia; porque: “la verdadera independencia es capaz de amistad, de reconocimiento, de comprensión y de olvido” (p. 153).

No será independiente *nuestra América*, sentencia el agudo observador, “mientras sienta la necesidad de acusar a España” (p. 134). No se trata, por consiguiente, de condenar ni absolver, sino estrictamente de entender, y escribe: “España fue grande, tan grande, que conjuró contra ella todas las voluntades, y de aquí nació la leyenda negra. El régimen español compartió todos los errores filosóficos de su tiempo. Otros imperios cometieron faltas iguales o peores, pero estaban—como menos grandes— menos a la vista del mundo” (p. 153).

Continúa Reyes la justificación y expresa:

El hecho español era tan fuerte, tanto pesaba sobre la tierra la mano de España, que sus menores actos aparecen agigantados, y singularmente a los ojos de otros pueblos, entonces menos afortunados, que se contentaban con perseguir por el mar a los galeones españoles cargados de riquezas, o con recoger bajo la mesa imperial los relieves del festín español [*idem*].

Y a propósito de imperios conviene recapacitar sobre la teoría que acerca de ellos formula Reyes. Se trata de reconocer los tres tipos de imperio o imperialismo: el guerrero-jurídico, representado por los romanos; el económico colonialista y factorial, y el que llama mixto o ibérico, mezcla de codicia y gloria, de religión y de hazaña, al que también califica de místico y creador de naciones (p. 227). El intento fecundo del pensador es el de asimilar el pasado, nuestro pasado, para asegurarnos el presente (p. 231), de aquí estas ideas directrices indispensables sobre la herencia ibérica que le fue otorgada a México como un don de la historia: podría en rigor prescindirse de algunos orbes culturales de Europa que no han hecho más que prolongar las grandes líneas de la sensibilidad o del pensamiento. De lo ibérico no podría prescindirse sin una espantosa mutilación. De suerte que lo ibérico tiene en sí un valor universal. No se le confunda con tal o cual estado institucional, con tal o cual régimen o gobierno que, como todos, ha gozado apogeos y ha padecido decadencias políticas. Lo ibérico es una representación del mundo y del hombre, una estimación de la vida y de la muerte fatigosamente elaborada por el pueblo más fecundo de que queda noticia. Tal es nuestra magna herencia ibérica. Porque de acuerdo con el denodado intérprete y defensor de los valores hispanos, “la interpretación hispánica de la vida es una función integrante en el descubrimiento de la realidad por la mente” (p. 309).

Esto explica, sin duda, la severa condena de la “marea salvaje del anti-hispanismo” o del “necio antihispanismo” que envenenaba las relaciones fraternales entre peninsulares e hispanoamericanos. La cosa era seria, hasta el extremo de que nada había más molesto, inauténtico e hipócrita que el hispanoamericanismo meloso y sentimentaloides de “mala ley”, que constituía un mal endémico, un mal incurable (p. 142). Reyes no soportaba la epidemia retórica que tanto contribuyó al descrédito del hispanoamericanismo en

España y del hispanismo auténtico en América. Le incordiaba extremadamente que cada año, llegado el Día de la Raza (12 de octubre), los oradores de turno aludieran al típico manido del estrechamiento de los lazos de afecto entre España y sus hijas trasmarinas. Era cosa para morir de risa; pero todavía era peor, apunta el crítico, cuando los discursantes se referían a la Madre Patria, de lo cual ya estaban hartos los españoles, y más cuando a lo sumo España no pasaba, según Reyes, de “prima carnal”. Había pues, llegado la hora de desechar los lugares comunes sobre la madre, las hijas, el león hispano y sus cachorros, los fueros de raza, el lenguaje divino de Cervantes y otras impertinencias y muletillas de este jaez (*idem*).

Había que cambiar la mutua burla, el chiste intencionado, y abordar la realidad seriamente; integrarnos recíprocamente en nuestros problemas. “El día que España –escribe Reyes– se interese por la suerte de las repúblicas americanas, cuando ya interesarse por ellas no significa ninguna ambición imperialista, España vendrá a ser el centro de un poder moral sólo comparable a lo que fue el del papado” (p. 143). Y a continuación se apresura a predecirnos un fracaso sin nombre de no cumplirse el feliz augurio soñado:

Si el orbe hispano de ambos mundos no llega a pesar sobre la tierra en proporción con las dimensiones territoriales que cubre, si el hablar en lengua española no ha de representar nunca una ventaja en las letras como en el comercio, nuestro ejemplo será el ejemplo más vergonzoso de ineptitud que pueda ofrecer la raza humana (*idem*).

Esto lo escribió Reyes en 1920, en Madrid, y hoy, 71 años después de haber sido emplazado el contenido del escrito, las letras hispánicas señorean en la literatura universal convirtiendo el presagio reyesiano en realidad. Por lo que toca al comercio y la industria, en ello andamos ocupados y nuestras carencias pueden ser redimibles con tesón y voluntad. Cuando menos ya no nos autoengañamos y ya tenemos conciencia de nuestras limitaciones en tales puntos.

¿Qué es América, se ha preguntado una y otra vez Alfonso Reyes? Y él mismo ha respondido a su interrogación con hermosas y poéticas palabras: “América fue la invención de los poetas, la charada de los geógrafos, la habladuría de los aventureros, la codicia de las empresas y, en suma, un inexplicable apetito y un impulso por trascender los límites” (p. 351). América, ha dicho en otra ocasión, antes de ser descubierta, había sido ya presentida

por los sueños de los poetas (Platón, Séneca); por los aciertos poéticos y por los errores científicos que contribuyeron también a su develación e incorporación a la historia universal. “Antes de dejarse sentir América por su presencia se dejaba sentir por su ausencia” (p. 391). La esfera imaginada por los presocráticos estaba desequilibrada porque, de acuerdo con la explicación que nos proporciona el comentarista, le faltaba el complemento de perfección –a saber, de bondad y belleza– que le habría de proporcionar el Nuevo Mundo cuando fuera descubierto.

Para Reyes, la primera gran aportación universal de América fue el auge creativo de los reinos de utopía. La tierra americana propició los proyectos utópicos; pero en cierto momento llegó incluso a realizarlos y, pues, los hizo terrenables, según Eugenio Ímaz. América enriquece el sentido utópico del mundo, de la cultura occidental, y don Vasco de Quiroga, henchido de *philosophia Christi* e inspirado por la *Utopía* de Moro hace realidad las utopías hospitalarias entre los indios de México y de Michoacán. Utopías terrenables son también las misiones jesuitas en el Paraguay, en el noroeste de México, y los frailes franciscanos las terrenalizan también en la Alta California. Los puritanos padres peregrinos ponen también en marcha sus sueños ideales utópicos y los modernos utopistas –Owen, Noyer, Cabet y Fourier, practicantes de utopías– las plantan en América, la tierra de la esperanza para los hombres. América ofrecía promesas arcádicas o edénicas; se reflejó inmediatamente “sobre los hábitos mentales de Europa” (p. 75) y provocó también en ella “la moda de la literatura utópica” (*idem*).

Reyes ha sido calificado por J. B. Trend como el más latino de todos los hispanoamericanos. Sus desvelos classicistas debieron contribuir mucho a esta clasificación, pues no solamente revivió el mundo clásico, sino que “puso a flotar en el ambiente espiritual hispanoamericano lo esencial y ejemplar de ese pensamiento y de esa manera de ver el mundo, devolviéndole a Hispanoamérica una tradición que vitalmente le pertenecía” (p. 33). Su “americanería andante”, como él mismo la llama, “le permitió ver al hombre hispanoamericano como un romano, como un miembro de la latinidad” (p. 42).

Al igual que Pedro Henríquez Ureña, Reyes puso todo su empeño en descubrir lo hispánico de lo americano, lo que supone un conocimiento en extensión y calidad de lo español. La inteligencia de los valores que constituyen nuestra cultura y que permea por igual todas las manifestaciones literarias, que son expresiones de nuestra peculiar visión del mundo, contribuye a la

unidad o al proceso de unificación de la América nuestra. La inteligencia recurre a la imaginación y nos hace pensar que la unidad, puesto que existe, se hace posible (p. 45). De esta manera la inteligencia iberoamericana, o sea nuestro mundo indohispano, busca su integridad y encuentra en la historia, en la literatura y en la política conciliadora, actuante y antiimperialista los medios más eficaces para la futura identidad y unidad en la pluralidad, si es que interpretamos correctamente el pensamiento de Alfonso Reyes.

Más de una polémica ha sostenido Alfonso Reyes con autores que le reprochaban su abandono y lejanía de los temas críticos mexicanos en torno a la teoría literaria y al color local de nuestra literatura. Él se ha defendido con denuedo de tan injustas imputaciones y ha demostrado con su obra mexicana el error o la malévola intención de tales críticos. Desde el exilio español y desde Francia, Brasil y Argentina, donde desempeñó arduas actividades diplomáticas, constantemente se mostró alerta frente a la producción literaria que no siempre caía a tiempo en sus manos.

Se le criticó también su original e insólita apelación –según sus censores– cuando como quien dice a gritos pedía el latín para las izquierdas. En este pueblo mexicano tan pobre y tan necesitado se juzgó el llamamiento negativamente, máxime que para la filosofía política liberal aún actuante aquello olía a incienso o lo sentía como cosa de iglesia y sotanas. Empero Reyes no desmayó, si él pedía para la izquierda el latín era, como él mismo lo justifica, porque no veía la ventaja de dejar caer una conquista cultural ya alcanzada y porque, a decir verdad, nuestra lengua tiene su origen en la que hablaba y escribía Virgilio. Recomienda, pues, Reyes la lectura del poeta latino, así sea en traducción, por los valores puros patrióticos (*Eneida*), agrícolas (*Geórgicas*) y pastoriles (*Bucólicas*) que animarían a los mexicanos a meditar y profundizar sobre su realidad. Más aún, ignorar la jerarquización de los estudios en la educación nacional y enarbolar la bandera de la necesidad campesina (arado, alfabeto y jabón) constituye una actitud, piensa Alfonso Reyes, que conduciría a decretar la abolición total del saber humano, por una mal entendida piedad para los analfabetos: “Funesta confusión y sensiblería ridícula todo ello. Consiste nuestro ideal político en igualar hacia arriba, no hacia abajo”.

El vehemente y sostenido interés de Alfonso Reyes por el pasado mexicano lo prueban, entre otras obras, *La visión de Anáhuac*, sobre los antiguos mexicanos; el delicioso *México en una nuez*, en donde todo está históricamente bien acomodado y en donde no se puede decir más en tan breve espacio;

las *Letras de Nueva España*, dedicadas a la Nueva España y, además de esto, muchos ensayos críticos y estudios modernos sobre escritores y poetas mexicanos e hispanoamericanos. Escudriña en libros antiguos como los *Problemas y secretos maravillosos de las Indias* (1591), del doctor Juan de Cárdenas, así como lee y comenta con deleite el libro del famoso filósofo y doctor Francisco Sánchez, *Que nada se sabe* (1581), del que entresaca un juicio muy favorable para la sociedad intelectual novohispana:

En Italia, en Francia, en España, ni por sueños había entonces un doctor; lo eran todo Mercurio y Júpiter. Ahora siéntanse aquí las Musas, y habita Cristo entre nosotros. Y en las Indias, ¿cuánta ignorancia no reinó hasta hoy? Ya, ahora, hácense poco a poco más religiosos, más agudos y más doctos que nosotros mismos.

De acuerdo con el escritor y crítico de Monterrey, el fruto de una auténtica, creadora y fortificante cultura no es otro sino “la resistencia moral para los reveses y casualidades exteriores; es decir, la fuerza de la continuidad, el valor de ‘seguir’ adelante, como dijo Goethe, o el ‘impávido pisar sobre ruinas’, como sentenció Horacio” (p. 236). México tiene en su haber histórico hispanoamericano, el haber sufrido, primero, la invasión yanqui y, después, la fracasada invasión napoleónica, que constituyen “las pruebas más hermosas a que ningún país hispanoamericano se ha visto sometido” (p. 119).

No podía Reyes ignorar el papel representado por el indio en la conformación de México; para el escritor no todo lo que ha existido funda tradición (p. 232),

y por lo que hace a las tradiciones autóctonas nos corresponde el incorporar a inmensas masas humanas en el repertorio del hombre y distinguir finalmente lo que en tales tradiciones hay de vivo y de percedero, de útil y hermoso y de feo e inútil. Pues no todo lo que ha existido funda verdadera tradición, y los errores, tanteos y azares de la naturaleza y de la historia no merecen necesariamente el acatamiento del espíritu (p. 315).

Por otra parte lo autóctono representa para Reyes la materia prima para forjar una cultura; pero él no es de los que sueñan en perpetuaciones absurdas de la tradición indígena (p. 98).



Hay además tradiciones que son aprovechables y significan no un paso atrás, sino un paso hacia adelante, siempre que sea orientado en una línea maestra y no al azar (p. 232). Y dado, por último, el caso de una tradición que nos fuera ajena, como está en nuestras manos y sólo nosotros disponemos de ella, no la rechazaremos, porque, como nos aclara Reyes, invocando al poeta Keats, “no renunciaremos a ningún objeto de belleza, engendrador de eternos goces” (p. 99).



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS